

EDUARDO GRAU

En días pasados, mirando la hermosa bahía desde los jardines de la acogedora casa donde hoy vive Eduardo Grau con su esposa, recordamos todas nuestras vivencias en los esteros, lomas y la cordillera de nuestra región; pero lucían con luz propia las horas y días pasados en la Grieta.

Corría el año 1947, bajábamos por el sendero de la cumbre del Campana después de haber hecho la Gotera y que junto con la travesía de Graat, nos hacía acreedores de la cuerda de plata en nuestra insignia.

El grupo compuesto por Puente, Schiappacasse, Aneliese, Lore Edinger y yo, seguíamos a Eduardo Grau. Veníamos cansados pero satisfechos, nos sentíamos bien, éramos jóvenes, nuestros músculos funcionaban perfectamente y nuestras mentes y corazones se sentían plenos de esa maravillosa felicidad de contemplar la inmensidad del paisaje, desde una pared y desde una cumbre.

Pasamos bajo esa larga hendidura que hierne la masa cumbre del Campana en el lado izquierdo de su pared sur, no pudimos evitar mirar una vez más esa grieta casi vertical y ese peñasco encajado en sus dos tercios. Como todavía sentíamos esa sensación indescriptible de la roca firme en la yema de los dedos al escalar, volvimos a comentar con Grau ¿y cuándo?

Grau viajó a España a la tierra de sus mayores, Cataluña, y por supuesto sucumbió a la tentación de escalar en sus montañas y paredes, conoció de toda la técnica magnífica de los catalanes y aún no terminaba de desempacar a su regreso cuando me invitó a acompañarlo a las rocas del Campana y específicamente, a intentar treparnos a ese peñasco intocado. ¿Qué misterio irresistible guardan las rutas y cumbres no holladas para los montañeros?. La respuesta se encuentra sólo allá para los que las alcanzan. Vinimos una y otra vez con nuestros rudimentarios equipos, calzados con alpagatas, cuerdas de manila, clavos, martillo y mosquetones fabricados por Grau en su taller, así me fue traspasando todo su saber montañero con su ejemplo y

ese lenguaje sencillo y amable como él mismo, que lo identificaba pese a ser ya un andinista destacado; su compañía en las caminatas, en las ascensiones y en las acampadas dejó un inolvidable recuerdo en nosotros, con sus narraciones, decires en catalán, sus enseñanzas, desde el caminar por los senderos a los secretos de la roca en el Campana y los hielos en los ventisqueros del Juncal.

Por fin, un domingo de noviembre del año 1952 logramos alcanzar esa roca en la grieta y luego la cumbre. Lo curioso del caso fue que sucedió un día en que el grupo era numeroso, integrado incluso por algunos amigos no tan avezados en esas aventuras y, sin embargo; pasamos todos guiados por Grau. Esos maravillosos momentos quedaron inmortalizados por la Leica de Arturo Herreros, compañero de esa recordada aventura, en la cual participaban también G. Sangesa, J. Leiva, S. Costa y J. Mas, fuera del suscrito.

Volvimos una y otra vez con Grau, acompañando a muchachos fascinados por esa nueva faceta de nuestro deporte, la escalada artificial: que se empaparon de sus enseñanzas y que fueron más allá aún. Por eso cuando volvemos con otros amigos hacia allá arriba, a la vista de esa hermosa ruta en la roca, me pregunto ¿por qué esa vía no se llama como yo la denomino: Grieta Grau?, nadie más que él se merece este reconocimiento a

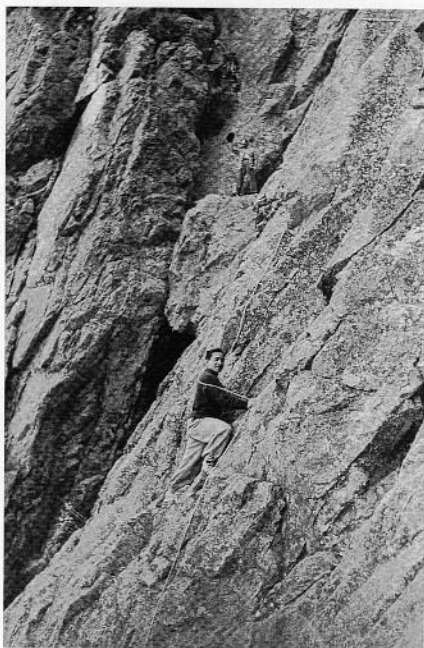


Foto: Arturo Herreros

△ 1era ascensión de la grieta del C° La Campana Eduardo Grau y Raúl Araya

un montañero cabal.

Al despedirnos esa tarde de sábado me entregó de recuerdo un obsequio de valor incalculable para mí: un manajo de oxidadas clavijas y clavos trabajados por él, para correr la maravillosa aventura.

RAÚL ARAYA
(DAV-VALPARAISO)